

Por do quiera, pues, el sacerdote estaba rodeado de veneracion y respeto; cada uno se levantaba á su paso y se apresuraba á tributar á

las cosas públicas y privadas. Si se cometia algun crimen, si tenia lugar alguna muerte, si se suscitaba alguna duda sobre límites, ó alguna herencia, ellos eran los que decidian de todo. Dispensaban las penas y las recompensas. Si un particular ó un magistrado no admitia sus decisiones, le prohibian sus sacrificios. Esta pena era entre ellos la más severa. A los que incurrian en ella, se les fliaba en el número de los impíos y criminales, y se huía de ellos como de un contagio evitando su contacto. Si pedian justicia se les negaba. No tenían parte en ningun honor. El cuerpo entero de los druidas no tenia más que un solo jefe, cuya autoridad era absoluta. A su muerte, el primero en dignidad le sucedia. Si muchos tenían títulos iguales, los sufragios, ó tambien las armas lo decidian. En una época del año los druidas se reunian en un lugar consagrado, en la frontera del país de los Carnutes, que pasa por el punto central de la Galia. Allí se dirigian de todas partes los que tenían sus diferencias, sujetándolas al juicio de los druidas. Se cree que su doctrina tuvo origen en la Bretaña, de

su carácter, el honor que le era debido; persuadidos de que tales hombres, conociendo perfectamente la naturaleza divina y entrando, por

donde se trasportó á la Galia. Los que aspiren á tener conocimientos más profundos sobre ésto, sepan que los lugares los suministran.—Los druidas no iban á la guerra; no contribuian con impuestos, como los demás ciudadanos estaban dispensados del servicio militar, exentos de toda especie de cargos. Por tan grandes privilegios, y el gusto particular que tenían por los jóvenes, tuvieron muchos discípulos, y otros les fueron enviados por sus familias. Aprendian allí, se dice, un gran número de versos y pasaban veinte años en este aprendizaje. Les era prohibido escribir, aunque se servian de las letras griegas para los negocios públicos y privados. Dos razones encuentro en este uso: no entregar al vulgo los misterios de su ciencia, la una, é impedir á los discípulos fiarse en la escritura y despreciar su memoria. la otra. Sucede, en efecto, casi siempre, que aplica ménos á retener en la memoria lo que se puede encontrar en los libros. Su dogma principal era que las almas no perecen, y que despues de la muerte, pasan de un cuerpo á otro. Trataron del movimiento de los astros, de la

decirlo así, en sus secretos, podían, por su ministerio, hacerse favorables á los dioses, y obtener de ellos todo lo que deseaban. Llenos de virtudes y de ciencias, tales sacerdotes, eran mirados como una especie de divinidad terrestre, que la nación se honraba en respetar y dotar. (1)

¿Qué era, sin embargo, el sacerdote de los tiempos antiguos, comparado con el sacerdote católico? Ministro de sangre: degollaba las víctimas gordas; obtenía su dignidad ó por favor de los hombres como entre los paganos, ó por su nacimiento como entre los hebreos. Para nada se contaba con la vocación; no debía tener

extensión del Universo, de la naturaleza de las cosas, del poder é influencia de los dioses inmortales, cuyas doctrinas transmitieron á la juventud. *César. Guerras de los Galias, lib. 6. ° cap. 13, 14.*

[1] El Dios de Tebas se le apareció en sueños á Sabacon y le ordenó hiciese morir á todos los sacerdotes de Egipto; por cuyo motivo, este creyó que no era agradable á los dioses que aquel reinara, pues ordenaba cosas tan contrarias á la voluntad divina, por lo que se retiró á la Etiopía. *Montesquieu. Esp. ley. lib. 24, c. 4,*

ningun defecto exterior, es verdad; pero su corazón frecuentemente estaba henchido de orgullo y de rapiña. Si tenía, como en Egipto, la clave de la ciencia, no se sentía animado del deseo de difundirla. Ningun amor por sus hermanos, ninguna caridad por los desgraciados; ese es el sacerdote terrestre, el hombre de la tierra.

El sacerdote católico, por el contrario, no vive sino con la vida de la fé, de la esperanza y del amor; nada hay en él de material y sensible. Toda su belleza es interior; ministro pacífico de un sacrificio incruento, no oye el ronquido de la víctima moribunda, ni el ruido del cuchillo que desgarrá los miembros palpitantes; su mirada no está entristecida por el recuerdo de alguna gota de sangre que hubiera hecho verter; todo es en él puro: sus manos, su alma y su cuerpo; su sacerdocio viene del cielo. El sacerdote católico es, hablando la verdad, el hombre celeste de San Pablo.

Ved, si no, como San Juan habla del sacerdote inmortal, de Jesucristo, original sublime y modelo eterno del sacerdote católico sobre la tierra. «En el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios; por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no se ha hecho

cosa alguna de cuantas han sido hechas. En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la ha comprendido... El Verbo era la luz, que cuanto es de sí, alumbraba á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué por El hecho, y con todo, el mundo no le conoció. Vino á su propia casa y los suyos no le recibieron; más á los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios, los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad, ni de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios por la gracia. » (1)

Ved la genealogía del sacerdote católico, ved su historia; no están escritas ni la una ni la otra sobre pergaminos, ni sobre mármoles, sino sobre la frente y en el seno del mismo Dios. ¡Oh, sacerdote, cuán grande eres! (2) ¡cuán sublime

[1] San Juan, c. 1. v. 1-13.

[2] O veneranda sacerdotum dignitas, in quorum manibus Dei Filius velut in utero virginis incarnatur!—O coeleste mysterium, quod per vos Pater et Filius et Spiritus Sanctus, tam mirabiliter operatur... coelum mi-

es tu genio! ¿Á quien podré compararte? Ningun mortal sobre la tierra marcha á tu igual; los pequeños te veneran; los grandes te honran y te respetan; los reyes mismos, abaten su frente soberana ante tí. Apoyado sobre la cruz, tu recorres el universo como monarca invencible; en vano el mar aleja ante tí sus riberas, tú vas á buscar á tu hermano allende los hielos del polo, ó sobre las abrasadoras playas de los trópicos; tuyo es el mundo; á tu voz caen las cadenas de las manos del esclavo, la libertad reverdece sobre su tallo: las pasiones braman, es verdad pero se calman; el orden renace, la inteligencia humana, un poco ántes extraviada por funestas doctrinas, entra en el sendero de la verdad. Todo cae, todo perece en la tierra; tú genio siempre es el mismo; tu edad no conoce término, porque solo á tí se te ha dicho: nunca perecerás!

ratur, horrescit infernus, contremiscet diabolus, revertitur quam plurimum angelica celsitudo.... O venerabilium sanctitudo manum! O felix exercitium!.... O sacerdotes attendite: major est dignitas vobis col. lata, quam angelis qui adorant quod vos conficitis, nec ipsi conficere possunt. *S. August.*

Esto no explica por qué el sacerdote ha resistido á todo y ha sobrevivido á todo, á la gloria como á la ignominia, á los aplausos como á las persecuciones. Ved por qué, cuando con los escombros de las generaciones espirantes y los tronos derruidos se ha querido aplastar al sacerdote, él se ha levantado lleno de vida y de majestad bajo el hacha que lo hería. El cadalso que una mano sacrílega le habia levantado para deshonrarlo, se ha convertido en un pedestal glorioso y sublime; se ha convertido en un escudo triunfal, sobre el cual las malas pasiones de los hombres, le envistieron sin derrumbarlo ni privarlo de la dignidad imperecedera, que solo le pertenece á su Dios, á su Cristo. No era el sacerdote á quien se degollaba en las plazas públicas, á quien se enviaba al destierro á las playas insalubres y abrasadoras de la Guayana y á quien se amontonaba en los calabozos; era el hombre, el hombre solo era el que perecia en estas ejecuciones sanguinarias, como la humanidad de Cristo fué la que espiró sobre la cruz, bajo la mano deicida; y así como su divinidad se cernía invulnerable sobre el féretro del Calvario, y vivía siempre con su vida eterna sobre los restos de la humanidad, de la misma manera el genio del sacerdote no ha muerto jamás, no podia mo-

rir, porque el Arbitro de la muerte, que lo envió, le dijo: *Estaré contigo hasta la consumacion de los siglos.*

Miéntras que los perseguidores del sacerdocio han caído, y cuando su genio ha palidecido y los verdugos se han cansado, el sacerdote ha quedado de pié: ahí está en medio de nosotros, no mutilado como la encina tronchada por la tempestad, sino lleno de fuerza y de poder. Es una espada que inútilmente se ha tratado de romper ó de embotar; su punta va á todas partes, su fuerza está en el cielo entre las manos de Dios. El sacerdote es el verdadero cosmopolita: en todo lugar encuentra una patria, unos hermanos, un ministerio de amor que ejerce; si se le persigue en un país, huye á otro; su equipaje es tan pequeño que no lo embaraza su curso; la magnificencia y el ruido de su cortejo no pueden traicionarle. Un breviario, un callado, esos son sus aprestos de viaje; el pan negro de la cabaña y el agua del torrente, bastan á sus necesidades y á sus gustos.

Lugar, pues, y paz al sacerdote; y el que trate aun de perseguirlo para hacerlo morir, se asemejará al que quisiera, con un soplo, extinguir el brillo del sol. El sacerdote es en el orden moral, lo que el astro del dia en el de la naturale-

za; esclarece, calienta y vivifica al que bendice su influencia, como al que la niega y la blasfema.

Todos los pueblos le han visto pasar: no está marcado como Cain, con una mancha de sangre en la frente: los niños al mirarle, los hombres y las mujeres corren tambien para verle y oírle, á todos hace bien, porque ama á todos. Se sienta unas veces en los festines suntuosos de los grandes y otras en el hogar del pobre, dividiendo con él su pan negro, y dejándole en cambio la esperanza y la paz. No desdeña ninguna condicion, toca los dos extremos, la miseria y la opulencia; y su gran genio ha sabido reunirlo en Dios. Así es como hace mil ochocientos años que el sacerdote ha marchado constantemente á la conquista del mundo, sin otros recursos que una cruz de madera y la palabra de su Maestro.

Verdad es que durante algun tiempo, necesarias fueron grandes expiaciones. La moral desconocida, el órden invertido, la libertad ultrajada, las leyes violadas, todas estas cosas produjeron terribles sacudidas, catástrofes espantosas; y entónces, repito, necesarias han sido las víctimas; entónces tambien se ha designado para ellas al sacerdote, no porque fuese culpable, sino al contrario, porque era inocente y porque

solamente su sangre podía reparar los males y salvar á los pueblos. Por esto, cuando en la antigua sociedad, la pobre humanidad no pudiendo ya vivir más, se puso en las encrucijadas del mundo, pidiendo á los que pasaban un remedio en su agonía, no tuvo por Redentor más que á Jesucristo, primer sacerdote de los tiempos modernos. En aquella época de enfermedad universal, no se pensó en los reyes ni en los filósofos para crucificarlos: su sangre habria sido impotente; la de un pobre sacerdote fué la que se sacrificó por todos; y como los males eran tan grandes y la llaga tan inmensa y profunda, fué necesario un sacerdote, tomado no de entre los hombres sino un Sacerdote-Dios; y entónces fué superabundantemente purificado y reparado. ¡Qué poderosa fué la sangre de aquel Sacerdote! Cuarenta siglos de desórdenes se vieron entónces correr y agruparse al pié de la cruz y frente al Calvario, recogiendo con avidez y con respecto, la sangre que los trasformara: una nueva creacion brotó de allí, porque de tal expiacion, del último suspiro que aquella augusta víctima diera, nació la vida verdaderamente inteligente, la vida verdaderamente social; nada valian para la humanidad, más allá de la cruz, ni la filosofía con sus orgullosas pretensiones é inextricables

sistemas, ni las armas con sus conquistas y brillantes triunfos, ni las riquezas con el gran cortejo de su lujo; todo estaba muerto en el fondo, porque en todas partes faltaba la fé, y la caridad era una virtud desconocida; mas cuando la fé y la caridad brotaron de la sangre del sacerdote un nuevo mundo comenzó entónces.

Que no se nos venga diciendo que este tránsito de un mundo á otro, del escepticismo á la fé, del egoismo á la caridad, se obró naturalmente y por el concurso fortuito de las circunstancias, porque cuando se oye tal asersion, la risa viene sin querer á los lábios. Para apreciar este cambio en su justo valor, piénsese primero en lo que era la sociedad en la época de que hablamos, ¡Qué inhumanidad en la guerra así como en la paz, en las leyes como en las costumbres, en los templos como en el teatro, en el corazón del amo. y hasta en el pecho de los padres! ¡Qué abyecto materialismo en la religion! ¡Qué aversion por las doctrinas que tendian á elevar el alma y espiritualizar el pensamiento! ¡Qué trastorno en las ideas!—Naturalmente se viene á tal degradacion, donde no hay distincion entre la virtud y el placer, y donde ambas se identifican.—Añádamos al cuadro que venimos trazando, las dificultades que debieron nacer de

los intereses, de las pasiones y de las opiniones. Para reformar una sociedad tan envilecida, en verdad que se necesitaba más que el poder del *azar*. (1) Si la ciencia hubiera podido salvar al mundo, por cierto que no le faltó ésta á Platon. —Sus obras han sido la admiracion del universo, y le han grangeado el nombre de *divino*. Ciceron habia escrito hermosísimas páginas sobre la moral; y sin embargo, por los escritos de estos filósofos tan célebres, ¡llegó el mundo á ser mejor, á conseguir su felicidad? La oscuridad de la idolatría con todas las supersticiones y vicios monstruosos que engendra, cubrió el universo. ¡Qué senecesitoba, pues? La sangre de un Sacerdote-Dios, y nada más. Despues, cuando la sociedad llegó á agravarse, ¡qué fué necesario para curarla? La sangre del sacerdote y siempre su sangre; pero esta vez, como el mal era local y parcial, y el mérito del primer sacerdote subsistia, el sacerdote-hombre fué inmolido como aquel. Esto explica cómo en cada revolucion social, los sacerdotes son perseguidos. Se ha creido agradar á Dios y hacer una cosa útil

(1) Palabra inventada para ocultar la ignorancia y la mala fé.

á los hombres inmolándole. ¿Puede ser agradable á Dios la sangre del sacerdote, víctima inocente y pura, para apaciguar la cólera de lo alto, y salvar á la nacion de un cataclismo universal? ¿Qué habria sido de Francia, si el noventa y tres no hubiera tenido sacerdotes que subieran al cadalso, para hacerlos morir por su patria? El hacha del verdugo se blandió con rabia tan inaudita sobre el sacerdote y lo que con él estaba relacionado, que apenas puede referirse. ¿Y por qué? Porque el sacerdote, y solo él, ay! podia expiar tantos crímenes!!

Ved á la China como persigue al sacerdote; lo degüella donde quiera que lo encuentra; y con ésto eree salvar su imperio de la invasion del cristianismo. Que aguarde un poco, y sobre los restos de los ídolos, de la ignorancia y de la persecucion, se levantará el sacerdote católico con su cruz de madera. Mientras más animada sea la persecucion, más próximo estará su triunfo; miéntras más aborrecimiento se le tenga, más rápida será su marcha. Cuando los crímenes de la China hayan sido expiados con la sangre del sacerdote, el imperio se levantará admirado de su cambio; y quizás será católica cuando no haya oído, como los romanos, ni siquiera la partida precipitada de sus dioses.... ¿No sucede

ahora en China lo que en el mundo, cuando el sacerdote estuvo clavado en una cruz, sobre la montaña vecina á Jerusalem? Pues las mismas causas producen idénticos efectos; puede suceder, y no hay que dudarlo, que una nacion, la Inglaterra, por ejemplo, ú otra cualquiera, vaya de las extremidades del mundo para servir de instrumento á la Providencia en está gran regeneracion,—como los bárbaros salieron á tiempo preciso, de sus florestas.—Pero ¿á quién pertenecerá la gloria de esa trasformacion?... á la sangre del sacerdote católico.

El poder del sacerdote es interior, es inaccesible al ojo del mundo: no puede ser visto y apreciado más que en las alturas de la fé, ó por las obras exteriores que descuellan esencialmente en ella, como se vé á Dios al través de la creacion. El hombre de carne y de sangre, el hombre grosero y voluptuoso, no ve este poder, porque á los hombres de hoy, para conmoverlos y fijar su atencion, le es necesario el ruido, las cosas que retumben, las máquinas que crujan y que brillen, y las bagatelas que alucinen. Pero aunque duden de esta verdad, Dios es el que hace lo que obra el sacerdote, á quien sostiene como por su intermediario, porque está á la diestra del mismo. Luego el sacerdote es una nece-

sidad, pero necesidad real; la sociedad no puede pasar sin él, como el individuo sin pan. El sacerdote no nos sirve solamente por sus oraciones; su necesidad entre nosotros es lógica. Cuántas enemistades reconciliadas, cuántos esposos é hijos arreglados, cuántas víctimas arrancadas al vicio, cuántas faltas reparadas, cuántas iniquidades prevenidas, cuántas penas consoladas, cuántas miserias secretas, socorridas y dulcificadas, cuántos bienes restituidos por mediación del sacerdote, cuántos!; . . . Más ¿sabeis lo que es el sacerdote? Preguntadlo á los ímpios, á los indiferentes, al mundo entero. Un autor, desgraciadamente célebre, Lamennais, dice: «El sacerdote por deber, es el amigo, la Providencia que acompaña á todos los desgraciados, el consolador de los affigidos, el amparo del que está privado de defensa, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de todos los desordenes y de todos los males que enjendran vuestras pasiones y funestas doctrinas. Su vida entera es de una larga y heróica abnegacion. ¿Quien de vosotros consentiria en cambiar, como él, las alegrías domésticas, todos los goces, todos los bienes que los hombres se procuran con tanta avidéz,—en trabajos oscuros, en deberes penosos en funciones cuyo ejercicio lastima el cora-

zon y repugnan á los sentidos, para no recoger muchas veces otros fruto de tantos sacrificios que el desden, la ingratitud y los insultos? Mientras que vosotros disfrutais de un sueño agradable, el hombre de caridad, adelantándose á la aurora, ha vuelto al curso de sus benéficas obras; ha socorrido al pobre, visitado al enfermo, enjugado las lágrimas del desgraciado, ó hecho correr las del arrepentido, enseñado al ignorante, fortificado al débil, sostenido en la virtud á las almas gastadas por el torbellino de las pasiones. Despues de los trabajos del dia, empleados en tan benéficas obras, llega la noche, pero no el descanso, y mientras que vosotros os entregais á él, ó cuando el placer os conduce á los espectáculos y á las fiestas, á él se le llama con precipitacion, interrumpiéndole su sueño y su descanso, para que ejerza el ministerio sagrado. Un cristiano toca á los umbrales de la muerte, va á morir y quizás de una enfermedad contagiosa; —no importa, el buen pastor no dejará espirar su oveja sin dulcificar sus angustias, sin rodearle de consuelos, de esperanzas y de fé, sin orar á su cabecera al Dios que murió por él, para que le dé en aquellos momentos en el Sacramento de amor, una prueba cierta de su inmortalidad.»